

FRANCISCO DE OLIVEIRA*

HEGEMONÍA A LA INVERSA**

DESPUÉS DE HABER TENIDO UN SUSTO en la primera vuelta, cuando su adversario directo obtuvo el 40% de los votos, Luiz Inácio Lula da Silva ganó fácilmente la segunda vuelta de las elecciones. Hay una variedad de interpretaciones posibles sobre la resonante victoria. La más evidente destaca la influencia de la Bolsa Familia, que habría garantizado una masiva votación por los estratos más pobres de la sociedad. Así, en el Nordeste, región que recibe la mayor cuota de asistencia de la Bolsa Familia, Lula superó el 70% en casi todos los municipios.

Es más complicado de explicar por qué Geraldo Alckmin obtuvo tantos votos en la primera vuelta. Y por qué perdió unos dos millones de votos de la primera a la segunda. La interpretación mayoritaria sostiene que el *tucano*¹ fue el oponente ideal para Lula: poco conocido fuera de San Pablo, con cara de paulista, maneras paulistas y fama de paulista, lo que fuera de San Pablo era una desventaja. Para completar, Alckmin no tenía ningún mensaje y le fue muy mal en la campaña televisiva. Otra interpretación habitual, adoptada por Lula y por los periódicos del extranjero, es que en Brasil se dividió la elección entre ricos y pobres, y la pobreza ganó. Sería

* Profesor titular de Sociología en la Universidad de San Pablo, donde dirige el Centro de Estudios de los Derechos de la Ciudadanía. Estuvo entre los miembros fundadores del Partido de los Trabajadores (PT).

** Artículo traducido por Santiago Basso y Andrés Bracony.

1 Nombre por el que son conocidos los miembros del Partido da Social Democracia Brasileira, ya que adoptaron al tucán como símbolo. (*N. del T.*)

fantástico, si fuera posible, que el 40% de los votos de Alckmin fueran de los “ricos” y que los votos de Lula sólo de los “pobres”.

Uno de los grandes resultados de las elecciones, incluidas las elecciones para los estados y la renovación del Congreso, fue la ensalada de alianzas y coaliciones. Siglas de supuesta orientación ideológica opuesta se unieron, indiscriminadamente, con todo tipo de grupos, incluidos los ladrones. Abiertas traiciones a las propias huestes fueron la regla. El gobernador de Mato Grosso, Blairo Maggi, por ejemplo, además de ser el mayor productor de soja del mundo, es miembro del PPS, Partido Popular Socialista, heredero del antiguo Partido Comunista Brasileño. Este apoyó abiertamente a Lula, mientras su partido hacía campaña para Geraldo Alckmin. Esta falta de coherencia confirma la irrelevancia de los partidos políticos en el capitalismo contemporáneo, hecho que es más grave en la periferia que en el centro. Los partidos representan poco, y la política se centra principalmente en las personalidades. Siempre fue así en la tradición brasileña, pero después de la creación de partidos de masas –es decir, después de la creación del PT–, hubo un período de fuerte recuperación de los partidos.

El Partido del Movimiento Democrático Brasileño, metamorfosis del antiguo partido de oposición a la dictadura militar en el período 1964-1984, tiene la mayor bancada en la Cámara. El PMDB es, típicamente, un partido de caciques regionales. Ni siquiera tiene unidad programática. Esta vez –lo cual es importante como símbolo– no tuvo candidato a la Presidencia, en coalición con el PT, o con el PSDB. El Partido del Frente Liberal fue derrotado contundentemente en Bahía y Maranhão, y aun así formó la mayor bancada en el Senado.

El Partido de los Trabajadores sigue teniendo la segunda mayor bancada de la Cámara Federal, habiendo tenido, por primera vez, una disminución en el número de sus diputados. Obtuvo sólo cuatro gobernadores, siendo Bahía el único estado políticamente importante, ya que derrotó a un coronel del PFL considerado imbatible, Antônio Carlos Magalhães. Lula se distanció ostensivamente del PT. Solamente recurrió al partido y a los sectores de izquierda fuera del PT en la segunda vuelta, cuando vio su reelección amenazada. Una vez conocidos los resultados, cerró un acuerdo con el PMDB para, juntos, dominar la Cámara de Diputados y de Senadores.

El escepticismo es general respecto al segundo mandato. Nadie, ni en la derecha ni en la izquierda, espera grandes cambios en las políticas gubernamentales. Lula parece desorientado, pidiendo a gritos soluciones para, según él dice, “desbloquear” el desarrollo. Aparte de la continuidad de la Bolsa Familia, y el mantenimiento del conservadurismo en la política económica, el presidente parece haber perdido completamente el rumbo. Esta desorientación evidencia una de las consecuencias de su victoria, en las proporciones en las que ocurrió: Lula no tiene objetivos porque no tiene enemigos de categoría. Algunos pocos, que

expresaron la esperanza de cambios en la política económica, fueron inmediatamente reprendidos por el presidente reelecto. Es el caso de Tarso Genro, Ministro de Relaciones Institucionales, considerado como el ideólogo del gobierno, y Dilma Rousseff, la poderosa jefa de la Casa Civil, considerada el motor del Ejecutivo. Ellos estaban entre los que promovían cambios, y fueron callados de inmediato.

El gobierno tendrá mayoría en el Congreso, pero es casi seguro que las negociaciones entre los distintos partidos y el Ejecutivo serán más amplias que en el primer mandato. Dicho de forma más directa: el gobierno será más débil que en el primer mandato, y la cobranza de los apoyos será más fuerte, en la forma de presentación de candidaturas para los cargos de primer nivel y para los grandes organismos federales. La agenda de denuncias de corrupción no está cerrada, aunque se espera que el gobierno sea más cuidadoso y la oposición, menos ensañada.

Al parecer, el espacio de izquierda se amplió. Hasta este autor votó por Lula en la segunda vuelta, con esta perspectiva. La oposición de izquierda a Lula y al *tucanato* alcanzó alrededor del 7% de los votos para presidente, materializado en la votación por Heloísa Helena y el Frente de Izquierda PSOL-PSTU-PCB-Consulta Popular. La ilusión respecto al peso de la izquierda se descartó ante las primeras declaraciones formuladas por el presidente reelecto, que ratificó la política económica, mantuvo en sus cargos a algunas figuras emblemáticas (caso de Henrique Meirelles como presidente del Banco Central) y defendió la “era Palocci”. En el mismo movimiento, para formar el nuevo ministerio Lula sugirió nombres que se encuentran entre los más reaccionarios del medio empresarial, empezando por Jorge Gerdau Johannpeter, propietario del mayor conjunto de siderúrgicas del Brasil (y de algunas en el extranjero), compradas a precios irrisorios durante el auge de las privatizaciones del gobierno de Fernando Henrique Cardoso.

Los votos nulos han llegado al récord del 4%, el mismo porcentaje que los votos en blanco, y el 23% de los empadronados no asistieron a las secciones electorales, incluso siendo la votación obligatoria. De hecho, las elecciones presidenciales no interesan al 31% de los votantes. O bien, las candidaturas no motivaron a ese 31%. Es el porcentaje más alto de “indiferencia” electoral en la historia moderna brasileña. Se trata de una indiferencia que ya se aproxima al índice de abstención de los estadounidenses en las elecciones presidenciales. Esta indiferencia quiere decir que la política no pasa por el conflicto de clases, sino que esta lo evita y lo trampea. En las calles, el fracaso del “cambio” no podría ser más claro: ninguna vibración, ninguna bandera del PT o de cualquier otro partido, ninguna movilización. La gran mayoría de los votantes se desentiende de la obligación con aire de apatía. Muchos de ellos luego se fueron a la playa.

El reelegido presidente no lamentó esa expresiva indiferencia del electorado. Se quejó amargamente, eso sí, de que no es el preferido de los “ricos”, reprochándoles el hecho de que los banqueros nunca han

ganado tanto dinero como en su gobierno, para luego decir que los “pobres” habían ganado la elección. Esta interpretación fue pronto tomada por la prensa: Brasil se había dividido entre “ricos” y “pobres”. Se olvidaron de explicar el 40% de los votos de Geraldo Alckmin en la primera vuelta: ¡así ya seríamos un país del Primer Mundo!

¿Cuál será el rostro del mandato que ahora comienza? Ciertamente, habrá una nueva ampliación del programa Bolsa Familia, y es ahí donde reside el peligro. En otros sectores, los cambios serán superficiales. Tal vez se haga la transposición del río San Francisco a los estados más propensos a la sequía en el Nordeste, y algunas obras de infraestructura. De ahí no pasará.

La perspectiva para el futuro requiere una reflexión gramsciana. Tal vez estemos presenciando la construcción de una “hegemonía a la inversa” típica de la era de la globalización. Sudáfrica, probablemente, ha anunciado esa hegemonía a la inversa: conforme las clases dominadas toman la “dirección moral” de la sociedad, la dominación burguesa es más descarada. Las clases dominadas de Sudáfrica, que se confunden con la población negra, derrotaron al apartheid, uno de los regímenes más nefastos del siglo XX, incluso teniendo en cuenta que el siglo pasado conoció el nazifascismo y el Archipiélago Gulag. Y el gobierno de Sudáfrica, que procede de la caída del apartheid, se ha rendido sin embargo al neoliberalismo. Los barrios marginales de Johannesburgo no dejan lugar a dudas². Por lo tanto, la liquidación del apartheid mantiene el mito de la capacidad popular para superar su temible adversario, al tiempo que legitima la explotación desenfundada del capitalismo más despiadado.

Algo así puede estar sucediendo en Brasil. La larga “edad de la invención” (véanse mis artículos “La política en una era de incertidumbre” y “El Momento Lenin”) proporcionó la dirección moral de la sociedad brasileña durante la resistencia a la dictadura y elevó la cuestión de la pobreza y la desigualdad al primer plano de la política. Llegando al poder, el PT y Lula crearon la Bolsa Familia, que es una especie de derrota del apartheid. Aun más: tras la elección de Lula, parecían haberse borrado para siempre los prejuicios de clase y destruido las barreras de la desigualdad. Al elevarse a la condición de *condottiere* y de mito, como las recientes elecciones parecen demostrar, Lula despoltiza la cuestión de la pobreza y de la desigualdad. Él las convierte en problemas de administración, derrota al supuesto representante de la de la burguesía –el PSDB, lo que es completamente falso– y funcionaliza la pobreza. Esta, por lo tanto, podría ser tratada en el capitalismo contemporáneo como una cuestión administrativa.

Ya en el primer mandato, Lula había secuestrado a los movimientos sociales y organizaciones de la sociedad civil. El viejo argumento

2 Ver Davis, Mike 2006 *Planeta Favela* (San Pablo: Boitempo).

leninista-estalinista de que los sindicatos no tendrían función en un sistema controlado por la clase obrera, reapareció en Brasil de manera matizada. Lula nombró como ministros de Trabajo a ex sindicalistas influyentes en la Central Única de los Trabajadores (CUT). Otros dirigentes sindicales están a cargo de los poderosos fondos estatales de pensión. Los movimientos sociales prácticamente desaparecieron de la agenda. Incluso el MST se ve maniatado por la fuerte dependencia que tiene en relación al gobierno, que financia el asentamiento de las familias en el programa de reforma agraria.

En las condiciones en que se dio, la victoria electoral anuló a las izquierdas en Brasil. Cualquier crítica es inmediatamente identificada como de “derecha”, un término que no es apropiado para la defensa de un gobierno que tiene en la derecha pilares fundamentales, desde el pequeño PP a sectores del PMDB, como el de Jader Barbalho o José Sarney. Un sordo rencor dificulta las relaciones entre la izquierda independiente y el PT y, en particular, el gobierno de Lula. Por otra parte, los medios de comunicación, especialmente los principales periódicos, sigue atacando al gobierno con ferocidad, lo que contribuye a confundir la crítica de la izquierda con la crítica de la propia prensa. El principal partido de la oposición a Lula, el PSDB, se ve afectado y también confunde toda crítica con sus posiciones.

Si el programa Bolsa Familia experimenta una gran expansión, lo que es posible simplemente con una reducción del 0,1% del superávit primario, las bases de la “hegemonía a la inversa” se consolidarán. Se trata de un nuevo fenómeno, que nos exigirá nuevas reflexiones. No se parece a ninguna de las prácticas de dominación ejercidas a lo largo de la existencia de Brasil. Supongo también que no se parece a lo que Occidente conoce como política y dominación. No es patrimonialismo, puesto que lo que los administradores de los fondos estatales de pensión del capital administran es capital-dinero. No es patriarcalismo brasileño al estilo de *Casa Grande e Senzala* de Gilberto Freyre, porque no hay patriarca que ejerza el mando, ni la economía es “doméstica” (en el sentido de la *domus* romana), aunque en la cultura brasileña, el dirigente político se puede confundir a veces con el “padre” –Getúlio Vargas fue llamado el padre de los pobres y Lula piensa tomar su lugar, aunque lo que él administra, con su clase, es capital–. No es populismo, como sugieren las críticas de derecha, e incluso algunos sectores de la izquierda, porque el populismo fue una forma autoritaria de dominación en la transición de la economía agraria a la urbano-industrial. Y el populismo fue –de manera autoritaria, remarco esto– la inclusión *sui generis* de la nueva clase obrera, desbalanceando la vieja estructura de poder en Brasil, desplazando fuertemente a los latifundistas de la base de dominación. Nada de esto está presente en la nueva dominación.

Muchos críticos y analistas creen que la Bolsa Familia es el principal programa de la inclusión de las clases dominadas en la política. Este

es un grave error, especialmente para aquellos que cultivan la tradición marxista gramsciana. Entre ellos se encuentran Walquíria Domingues Leão Rêgo, el propio ministro Tarso Genro, y Jorge Luiz Werneck Viana, siendo que este último considera a la Bolsa Familia, y al propio gobierno de Lula, como una continuación “de forma pasiva” de la larga y permanentemente inacabada Revolución Burguesa Brasileña. La nueva dominación (y arriesgo la hipótesis de que ella sea propia y funcional al capitalismo mundializado) invierte los términos gramscianos. Veamos.

Parece que los dominados dominan, ya que proporcionan la “dirección moral” y están, incluso físicamente, al frente de organismos de Estado, directa o indirectamente, y de las grandes empresas estatales. Parece que ellos fueran los propios capitalistas, pues los grandes fondos estatales de pensión son el corazón del nuevo sistema financiero brasileño, y en gran medida financian la deuda pública interna. Parece que los dominados controlan la política, pues disponen de numerosas bancadas en la Cámara de Diputados y en el Senado. Parece que la economía finalmente se estabilizó, que existe una moneda fuerte, y que esta hazaña se debió a la política gubernamental, especialmente en el primer mandato de Lula.

El conjunto de apariencias oculta algo para lo que aún no tenemos nombre, ni tal vez concepto. Pero será, sin duda, en el legado de Antonio Gramsci, el “pequeño gran sardo”, donde podamos encontrar el camino para descifrarlo. El consentimiento ha sido siempre el producto de un conflicto de clases en que los dominantes, al elaborar su ideología, que se convierte en la ideología dominante, elaboran la construcción de las clases dominadas a su imagen y semejanza. Este es el núcleo del desarrollo de Marx y Engels en *La ideología alemana*, que el pequeño sardo desarrolló admirablemente. Nos enfrentamos a una nueva dominación: los dominados realizan la “revolución moral” –la derrota del apartheid en Sudáfrica; la elección de Lula y la Bolsa-Familia en Brasil– que se transforma y se deforma en capitulación ante la desenfrenada explotación.

De acuerdo con Marx y Engels, de la ecuación “fuerza + consentimiento” que forma la hegemonía, desaparece el elemento “fuerza”. Y el consentimiento se convierte en su contrario: no son más los dominados quienes consienten su propia explotación. Son los dominantes –a saber, los capitalistas y el capital– quienes consienten en ser políticamente conducidos por los dominados, con la condición de que la “dirección moral” no cuestione la forma de explotación capitalista. Se trata de una revolución epistemológica para cuyo estudio todavía no tenemos la herramienta teórica adecuada. Nuestra herencia marxista-gramsciana puede ser el punto de partida, pero ya no es el punto de llegada.